

Licco Mexicano.



EL IROQUÉS.

bien proporcionado y membrudo, y la color de la cara tiraba algo á cenicienta, é no muy alegre: y si tuviera el rostro mas largo, mejor le pareciera; los ojos en el mirar amorosos, y por otra graves: las barbas tenia algo prietas, y pocas y ralas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba, era de la misma manera que las barbas, y tenia el pecho alto, y la espalda de buena manera; y era cenceño, y de poca barriga, y algo estevado, y las piernas y muslos bien sacados; y era buen ginete, y diestro de todas armas, así á pié, como á caballo, y sabia muy bien mearlas, y sobre todo, corazon y ánimo, que es lo que hace al caso. Oí decir que cuando mancebo en la Isla Española, fué algo travieso sobre mugeres, é que se acuchillaba algunas veces con hombres esforzados y diestros, y siempre salió con victoria, y tenia una señal de cuchillada cerca de un bezo debajo, que si miraban bien en ello, se le parecia, mas cubriánsele las barbas: la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas cuestiones. En todo lo que mostraba, así en su presencia y meneo, como en pláticas y conversacion, y en comer, y en el vestir, en todo daba señales de gran Señor.

Era muy afable con todos nuestros capitanes y compañeros, especialmente con los que pasamos con él de la Isla de Cuba la primera vez.
Cuando juraba: „en mi conciencia,” y cuando se enojaba con algun soldado de los nuestros sus amigos, le decia: O mal pese á vos; y cuando estaba muy enojado, se le hinchaba una vena de la garganta y otra de la frente, y aun algunas veces de muy enojado arrojaba una manita, y no decia palabra fea ni injuriosa á ningún capitan, ni soldado; y era muy sufrido, porque soldados hubo muy desconsiderados, que decian palabras muy descomedidas, y no les respondia cosa muy sobrada ni mala; y aunque habia materia para ello, lo mas que le decia era; callad, ó idos con Dios, y de aquí adelante tened mas miramiento en lo que dijéredes, porque os costará caro por ello, é os haré castigar. Era muy porfiado, en especial en cosas de la guerra.
. y siempre en las batallas le ví que entraba en ellas juntamente con nosotros.” Hasta aqui el sincerísimo Bernal Diaz del Castillo.
Enero de 1544.—R. I. ALCARAZ.

EL IROQUÉS.

A MI AMIGO PEDRO GUILLET.

¡Qué libre que nací; todo risueño
se ostenta, y libre en rededor de mí;
hombres y campos, sin Señor, sin dueño....
todo respira libertad aquí!...

Al aire libre en la escarpada sierra
tengo plantado mi tranquilo hogar;
rota en grietas la fecunda tierra
vienen sus frutos á mis pies á dar.

Aquí no hay torpes engañosos magos
de trago astuto y de mentida fé,
que habiten misteriosos nuestros lagos
alli espantando al que en su Dios no cree.

Tampoco altivos y ambiciosos reyes
que alzen soberbios su triunfante voz;
ni amos, ni siervos, ni ambicion, ni leyes,
engendro vil del despotismo atroz.

No; no hay mas leyes que el peñasco airoso
dó se alza incomprendible Manitú.... (1)
¡ay! yo te adoro, Canadá espacioso,
porque haces libres á tus hijos tú!...

(1) O el Señor de la vida del hombre. Peñasco casi de forma humana en el cual se paraban los Iroqueses para hacer sus ofrendas.

Bello es mirar desde tus altos montes
tus hondos valles de estension sin fin;
el tul de tus opacos horizontes
de tu eternal neblina en el confin.

De tu pálido Sol á los reflejos
ver del Ontario inmóvil el cristal;
y ver en tus tinieblas y á lo lejos
del Niágara el zumbido sepulcral.

Mirar hundirse despeñado un rio
en el abismo del lodoso Erié;
allá el Missúri y el sonante Ohio
cual brazos que descoge el Meschabé.

Y oír de un monte en la elevada altura
los sonos de algun lúbrico danzar,
y del sangriento valle en la espesura
los ecos de un fatidico cantar....

Todo en contraste singular unido,
al grito santo que tus libres dan,
y en medio ¡oh Canadá! de tu ruiido
la eterna proteccion de mi *Totam*.... (1)

Ya se alza en la llanura la fogata
que alumbrará el festin;
sus llamas, del color de la escarlata,
cráneos consumen sin cesar allí.

¡Sus, Iroqueses! de la hóguera en torno
fantásticos danzad,
y vuestras pieles, al calor de su horno,
de sangre humedecidas, calentad.

El afilado *tomahawk*, al cinto
se ostenta triunfador;
si es que aun con sangre se encontrare tinto,
secadlo, de esta lumbre á la calor.

Llevad cien arrancadas cabelleras
de vestidura en vez;
y do se ablanden vuestras almas fieras
al rechinar de su morena tez.

(1) *O espíritu favorable*. Que se les representa en la figura de alguna fiera, por lo que se precaven de matar aquel animal que creen su *Totam*.

El *Delawar* con cauteloso paso
celoso del festin,
veloz acude, y se promete acaso
la sangre vuestra por mejor botin.

Que venga; que la fúnebre fogata
que alzó vuestro valor,
mas roja que el color de la escarlata
aun brilla viva en su primer color.

Mas no; al olfato de los secos cráneos
que á consumirse van,
medrosos huyen, y hondos subterráneos
para ocultarse fabricando están....

Pendientes de sus hombros las aljabas;
al brazo los mortíferos mosquetes;
bien aguzadas las sangrientas clavas,
bandada de beligeros ginetes
sobre su presa descuidada cae.

Gritos lanzando de venganza y guerra;
impreso el odio en la morena cara,
ningun peligro en su valor le aterra,
que atados al extremo de una vara
Huesos humanos por banderas trae.

¡Sus, Iroqueses, sus! antes que aleve
rasgue su arpon vuestro esforzado pecho,
témpanos duros de cuajada nieve
de pronto amontonad, y aquí, en acecho,
fingid astutos que á placer dormís.

Cual tigre, de su presa antojadizo,
y ocultos bien, con la neblina espesa,
al pié de estas montañas de granizo
veloces acudid, que ya atraviesa
por la llanura, incauto el Abnaquis.

Esa es vuestra racion;.... ¡á ella, milanos!...
bajad sin orden, en tropel,.... ¡á ella!...
vengadores al fin, de mil hermanos,
veloces, como rápida centella,
á devorarla en la llanura entrad.

COMBUSTION HUMANA ESPONTÁNEA.

SE da este nombre á un género particular de combustion, en el cual el cuerpo humano es inflamado mas ó ménos completamente por el contacto, ó simplemente la aproximacion de un cuerpo en ignicion, cuyo volúmen es generalmente muy pequeño respecto al de las partes quemadas.

Aunque el epíteto de espontánea debiera restringirse á los casos en que la combustion se produjera sin la intervencion del fuego esteriormente, de lo cual solo existe uno observado por Mr. Bubbe-Lievin, de que nos ocuparemos despues, la esperiencia ha acreditado que todos los órganos de la economía presentan una resistencia considerable al fuego, de manera que se necesita gran cantidad de combustibles para reducirlos á cenizas; mas en la clase de combustion de que tratamos, es muy notable que la causa determinante haya sido la llama de una vela ó de una lámpara, las brasas de un brasero ó de una chimenea, etc., que se han encontrado colocadas cerca del individuo, lo cual, si se requiere, puede haber dado origen al incendio, mas no es capaz de mantenerlo ó avivarlo, al grado de producir la incineracion de la totalidad del cuerpo en muy pocas horas. Esto nos hace admitir en los órganos de los individuos que han sido víctimas de esta especie de quemaduras, cierto estado particular que los hace mas inflamables y aptos para alimentar por sí solos la combustion, y esto es lo que caracteriza esencialmente la combustion espontánea y la distingue de las quemaduras comunes; por lo que creemos que esta denominacion á pesar de no ser rigurosa puede aplicarse al fenómeno que vamos á estudiar.

La combustion espontánea se ha verificado en diferentes lugares de Europa, pero esencialmente en los climas frios y en el rigor del invierno: en nuestro pais no se conoce hasta ahora ningun ejemplo. De los veinte casos reunidos por M. Devergie en su *Medicina Legal* y á los cuales se debe agregar uno que hace el objeto de un artículo publicado en el tomo 2.º del periódico de la Academia de Medicina de México, observado por el

Dr. Joly en que las víctimas son dos, se deduce que las causas predisponentes son: el abuso de los licores, la edad avanzada y el sexo femenino. Primero, de los veintidos sugetos citados, diez y ocho abusaban hacia mucho tiempo del aguardiente; y de los otros cuatro si no se dice lo mismo, tampoco se afirma lo contrario. Segundo, excepto una muchacha de diez y siete años en la cual la combustion hizo poco estrago, todos los otros se hallan comprendidos entre cincuenta y noventa años. Tercero, diez y siete de estos individuos pertenecen al sexo femenino y solo cinco al masculino: mas adelante procuraremos explicar la influencia de estas dos últimas causas. Algunos autores miran tambien como predisponente la estrema gordura; sin embargo de que varios individuos atacados, han sido sumamente flacos.

Se tiene como causa ocasional ó determinante, el contacto ó solamente la aproximacion de un cuerpo inflamado como una lámpara, una bugía, una pipa etc., y se dice que sin esta circunstancia el fenómeno no puede verificarse. En efecto, en todos los casos auténticos conocidos hasta el año de 1838, las víctimas se han encontrado cerca de uno de estos focos; mas M. Devergie cita el caso siguiente observado por M. Bubbe-Lievin, en el cual segun este profesor, la combustion se ha verificado sin el auxilio del fuego. „A fines de octubre de 1839, Mr. Bubbe-Lievin cirujano ayudante mayor en el ejército de Africa fué llamado para ver á un moro Abdallah-Ben-Alí, hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, muy grueso y que abusaba de los licores, al cual encontró en un estupor profundo, la cara y los ojos encendidos, el pulso fuerte y lleno: en este estado se habia hallado tendido en un lugar público. Estos accidentes desaparecieron á merced de dos sangrias abundantes, aplicaciones de sanguijuelas al cuello y baños de piés con mostaza, de modo que á los dos dias el hombre estaba en convalecencia; mas apenas se hubo restablecido, volvió á sus hábitos de embriaguez, pasando varios dias fuera de su casa. Al cabo de un mes de esta vida desarreglada Mr. Bubbe-Lievin, fué llamado por el padre del enfermo para ser tes-

tigo de un espectáculo horrible. Yacia en el suelo el cadáver del moro consumido en los tres cuartos, negro, carbonizado y exhalando un olor infecto de aceite quemado; los miembros y una gran parte del tronco hasta el cuello habían sido consumidos. Este infeliz fué llevado á su casa ébrio como de costumbre y se acostó; á la media noche su padre despertó por el olor de quemado, acudió al punto y encontró á su hijo en presa de dolores atroces: se quejaba de una sensación interior de quemadura; se le hizo beber agua y se roció con ella, mas en vano; una llama azulada se paseaba por todo su cuerpo y le ocasionaba quemaduras terribles." Si como asegura el autor de la observacion, ningun cuerpo inflamado se hallaba cerca del moro en el momento del accidente, este caso, aunque único, prueba la posibilidad de una combustion espontánea en todo el rigor de la palabra, es decir, determinada por un trabajo orgánico interior hasta ahora inexplicable, pero que no puede dejar de admitirse.

Segun la relacion de los individuos que han sobrevivido, la invasion del mal se hace sentir generalmente por un calor muy vivo en una parte mas ó ménos estensa del cuerpo, la cual se ve cubierta de una llama azulada que se propaga con mucha rapidez. Otros han sentido un fuerte golpe comparable al que determinaria la descarga de una máquina eléctrica: la llama aunque poco elevada, resiste á las efusiones de agua fría, y ordinariamente no desaparece hasta la completa destruccion del cuerpo que en una ó dos horas deja convertido en un pequeño monton de cenizas.

Frecuentemente son respetados, ya los piés, las manos, la cabeza, el cabello etc., quedando entre estos restos algunos huesos del tronco convertidos en un carbon ligero y fétido. Durante la combustion se percibe un olor fuerte y muy desagradable como de cuerno quemado, y se ve desprenderse de la víctima un humo negro y espeso que se adhiere á los objetos vecinos bajo la forma de hollin untuoso al tacto y de un olor de quemado: tocando con el dedo la parte inflamada queda aquel cubierto de una materia grasa que continúa ardiendo. Es muy notable que los muebles colocados cerca del cadáver y aun una parte de sus vestidos, se encuentren intactos en la mayoría de los casos, y es inconcebible como en un hecho referido por Mr. Devergie que se verificó en un clérigo de Florencia, se inflamaron completamente la camisa y el solideo del paciente, y se conservaron los cabellos y un pañuelo que se habia puesto entre la camisa y la espalda.

Mas la combustion humana espontánea no siempre es general: se limita algunas veces á una region poco estensa, como los dedos, una mano, el brazo etc., que ó bien carboniza completamente, ó solo forma una escaramas ó ménos profunda, á cuya caída sucede una úlcera curable. Como fenómenos generales se han presentado el delirio, una sed ardiente y convulsiones. La putrefaccion hace progresos rápidos, y se ha visto comenzar aun antes de que el enfermo haya exhalado el último suspiro.

Conocidos estos fenómenos, vamos á discutir rápidamente las teorías emitidas sobre su explicación. Mr. Dupuytren admitiendo la influencia de la embriaguez en esta especie de combustion, la mira como un incendio comun, y dice así. „He aquí como debe verificarse el hecho mas comunmente; una muger entra á su casa despues de haber tomado una cantidad mas ó menos considerable de licores espirituosos, hace frio, y para resistir al rigor de la estacion, enciende fuego, se sienta en una silla y coloca un brasero debajo. Al estupor producido por los licores se reune la sofocacion determinada por el carbon: en este estado el dolor se cambia en insensibilidad completa; el fuego inflama y consume los vestidos, la piel arde, la piel carbonizada se hien-de, la grasa se funde y escurre, quedando una parte derramada en el suelo, mientras el resto sirve de pábulo á la combustion; á la vuelta del día todo está consumido." Ademas este profesor atribuye la llama azulada á una fosforescencia semejante á la que se desarrolla en los cadáveres en putrefaccion.

Respetando las opiniones del profesor Dupuytren, creemos que su teoría en esta materia, no está conforme con los hechos. Se sabe cuan difícil les era á los antiguos reducir á cenizas los cadáveres de sus deudos colocados sobre una hoguera y rodeados de una gran cantidad de materias combustibles: ¿pues como concebir que la inflamacion de los vestidos (aun suponiendo que sea completa, cosa que no siempre se verifica), sea capaz de consumir en un tiempo tan corto el cuerpo de una persona. Se dice que la combustion es alimentada con la grasa; mas entre las víctimas ha habido varias en un estado extremo de enflaquecimiento; y por otro lado, la llama de la grasa es blanca y muy elevada, y la que se presenta en la combustion espontánea es azulada y pequeña. Ademas, los muebles inmediatos al cadáver y aun la silla en que estaba sentada la persona durante el incendio, han quedado intactos ó ligeramente atacados por el fuego.

lo que no se concilia con la intensidad de este, necesaria para la total y rápida incineracion del cuerpo en una combustion ordinaria. Por último, esta se hace cesar generalmente con facilidad, y la otra resiste singularmente á los medios empleados para suspender sus progresos.

Mr. Mare admite la combustion espontánea en el rigor de la palabra, y la explica suponiendo primero, el desarrollo en el interior del cuerpo de un gas inflamable el cual se acumula en las celdillas del tejido celular y en las cavidades del tronco: segundo, un estado que él llama *ideo-eléctrico* susceptible de determinar la inflamacion espontánea del gas. Se funda en que varios autores aseguran haber visto estos eructos inflamables en personas que abusaban de los licores, y chorros mas ó menos grandes de llamas, salir por las incisiones hechas en cadáveres de hombres ó de animales. Una vez admitida la presencia de estos gases en la economía, su inflamacion se determina fácilmente por la electricidad. Existe en el individuo, dice M. Mare, cierta disposicion que él llama *ideo-eléctrica*; si por una causa cualquiera se desarrolla una chispa en un punto del cuerpo, esta se propaga rápidamente á todo él y produce la combustion general antes de que la persona haya tenido tiempo para pedir socorro.

Esta teoría, aunque ingeniosa, no pasa de una hipótesis. Porque, primero, el desarrollo en la economía de los gases que supone M. Mare, solo puede ser el resultado de una enfermedad, y su acumulacion bajo la piel no podia dejar de manifestarse, cosas que no se han notado en los que han sido víctimas de la combustion espontánea: así es que en los casos citados para apoyo de su opinion, la formacion de esos gases inflamables ha sido sin duda un efecto cadavérico. Segundo, en uno de los casos de combustion espontánea parcial verificada en una muchacha de Hamburgo, hubo lugar de hacer algunas esperiencias para saber si durante la combustion se desprendia fluido eléctrico ó algun gas apreciable por los instrumentos y dice Mr. Breschet (*Diccionario de Medicina* segunda edicion, tomo 8.º página 425): „La mano izquierda (era la parte atacada) ofrecia siempre un calor singular; la palma y los dedos no podian soportar el mas ligero contacto sin mucho dolor; el termómetro colocado en esta mano, señalaba veinticinco grados, y solo diez y siete en la derecha. Se hicieron muchas esperiencias con materias combustibles; pero sin resultado, y los mejores electrómetros puestos en contacto con la enferma colocada sobre un ais-

lador, no produjeron ningun efecto." Sin embargo, no se puede dejar de admitir cierta analogía entre algunos de los fenómenos de la combustion espontánea y los que determina la electricidad en movimiento: tales son, primero, el golpe sentido por algunos individuos en el momento de invasion, comparable á la descarga de una fuerte máquina eléctrica; segundo, la rapidez con que los cadáveres entran en putrefaccion, cosa que se ha notado en todos los de las víctimas de un rayo: por lo cual sin adoptar en su totalidad la opinion de Mr. Mare, nos inclinamos á creer que el fluido eléctrico desempeña un papel muy importante en la produccion de las combustiones espontáneas.

La tercera teoría que se ha formado consiste en suponer que en los individuos que hacen un grande abuso del aguardiente, este es absorbido y transportado á todos los tejidos: cuando por algunas circunstancias fáciles de determinar, la exhalacion exterior no es proporcional á la absorcion interior, aquellos quedan impregnados, y por decirlo así, saturados del líquido y susceptibles de inflamarse por la menor causa. Esta hipótesis, que es la mas generalmente adoptada, se presta á la explicacion sencilla de todos los fenómenos. 1.º La combustion espontánea se presenta casi siempre en invierno y en los países frios; pues en estas circunstancias la transpiracion cutánea es casi nula, especialmente en los viejos. 2.º El sexo femenino es mas frecuentemente atacado que el masculino; las mugeres se entregan á la embriaguez, lo mismo que á cualquiera pasion, con una voracidad que no es comun en los hombres, y usan de preferencia licores que contienen mucho aguardiente. 3.º Es mas ordinaria entre los cincuenta y noventa años; esta es la edad en que especialmente en las mugeres predomina aquella pasion. 4.º La llama que se presenta en la combustion espontánea, es de un color azulado; igual es el de la llama del aguardiente.

Se objeta sin embargo que no es posible que una substancia ingerida en el estómago y sometida á la accion de las vísceras digestivas, pueda ser transportada con todas sus propiedades á los demas órganos de la economía; mas esta posibilidad está probada para una porcion de cuerpos, tales como el alcanfor, el éter etc., y respecto del aguardiente muchos autores dignos de crédito han percibido su olor característico en las carnes de los individuos muertos á consecuencia de la embriaguez. „El estómago, dice M. Breschet, no elabora todas las substancias que se le confían, pues que al-

gunas llegan al tejido de nuestros órganos con sus propiedades." Con todo, hay una razón para no admitir como necesaria la influencia del aguardiente en la combustión espontánea, y es el haberse verificado este accidente en una persona que jamás hacía uso de él: la muchacha de Hamburgo de que hemos hablado.

Tales son las principales opiniones que se han emitido sobre el desarrollo de la combustión humana espontánea: después de la discusión en que hemos entrado, creemos que admitiendo su posibilidad como una verdad demostrada, los conocimientos fisiológicos, físicos y químicos que hoy se poseen, no son bastantes para dar una explicación satisfactoria.

El estudio de las combustiones espontáneas no es un objeto de pura curiosidad, el médico legista puede ser consultado por la autoridad para decidir si una persona quemada lo ha sido por este singular accidente. Los datos necesarios para formar su juicio los tomará de la edad, el sexo, los hábitos y demás circunstancias del individuo, del tiempo que duró el incendio, del estado del cadáver y de las partes respetadas por el fuego, de la alteración de los muebles y demás objetos que se hallen en la habitación y del color de la llama, si puede averiguarlo; pues debe tener presente que este accidente ataca de preferencia á las mugeres avanzadas en edad y que se entregan á la embriaguez; que en una combustión ordinaria se

necesita mucho tiempo y gran cantidad de combustibles para la total incineración del cuerpo, mientras que en la espontánea todo pasa con mucha rapidez: en la primera el fuego destruye completamente los miembros y respeta generalmente el tronco; en la segunda sucede lo contrario: en esta el suelo y los muebles quedan cubiertos de hollín untuoso y fétido; en aquella son comúnmente destruidos y no hay residuo de grasa.

Tampoco pueden confundirse las alteraciones que produce la combustión espontánea con las que origina un rayo, porque los cadáveres de las víctimas de este jamás se encuentran reducidos á cenizas sino solamente surcados por quemaduras superficiales; y la muerte es acompañada de otras circunstancias que bastarán para caracterizarla.

Por último, el práctico puede ser llamado en el momento del accidente para contener sus progresos; mas como lo poco que se sabe sobre su naturaleza no permita emplear un medio racional, parece que lo más á propósito será sumergir al enfermo en un baño, ó si esto no se proporciona, cubrirlo con algún cuerpo que impida la comunicación con el aire atmosférico, tal como arena, tierra, etc.: en seguida se administrarán bebidas ácidas en abundancia, y las quemaduras que resulten, se tratarán como una quemadura común.

ARTICULO INSUBSTANCIAL.

Con los brazos apoyados sobre una mesa, los dedos entrelazados formando una especie de visera en la que recargaba mi frente, pensaba yo.... no sabía qué pensaba; lo que habrá sucedido á mis lectores millares de veces, que estando enagenados, ó sin estarlo, preguntados en qué piensan ni á sí mismos saben qué responderse: tal me hallaba de afligido. Oh! y con razón, tenía que escribir y no sabía qué.... en fin, maquinalmente me recargué atrás, metí mano á la bolsa, no para sacar dinero, que pocas ocasiones y en pequeñas cantidades suele acompañarme; ya se ve, mi carrera lo acredita, aunque en la literatura como en la política hay también su *juste milieu*. Porque cuando sobra

el dinero faltan las letras, y cuando falta aquel se entrega uno con tezon á estas; pero á mí, ¡desgraciado! me ha tocado en suerte pertenecer al *juste milieu*, porque nací con dinero y sin talento, y ahora me hallo sin uno y sin otro. Metí, pues, como decía, mano á mi bolsa y saqué un cigarro, lo destorcí, le aflojé el tabaco que estaba apretado en demasía, lo volví á torcer dándole una curvatura, lo tomé con la mano derecha, lo dirigí á la vela y por supuesto que lo encendí: apenas me lo quitaba de la boca que estaba ya llena de humo y ¡qué bella idea me vino á las mientes....! Y luego dirán que el tabaco es malo sacando á uno de los grandes apuros. A lo menos en cuanto á mí

se decir que no es esta la primera vez que me sirve de consultor. Le encuentro todas las ventajas que á la música: despierta como estas ideas, y corrobora los sentimientos de que se halla poseído el espíritu.

Pero ¿adonde iré á parar con tanta charla que maldito el interés que ofrece? Nada de descubrir la idea que me produjo el cigarro: ya vamos allá, no hay que cansarse. Digo, pues, que el cigarro ha hecho que me ocurra lo que deba escribir.

Lo pasé de la mano derecha á la izquierda, aunque de cuando en cuando me hacia llorar el humo que se introducía en mis ojos; tomé una pluma, ya se deja entender que mojada en la tinta, la que por cierto no era muy buena, llevé la mano al papel, y díjela: corre por donde gustes, salga lo que.... ¡chiton! ¿qué vas á hacer majadero? ¿así se escribe al público? decía para mi colete, que luego reflexionando, veía cuán triste es la condición de un periodista. En el momento en que ménos se lo piensa tiene V. que se le encaja el Editor.—Señor mío, el material del número tantos debía estar ya en la imprenta, si no, el periódico no ¡sale el día que se ha prometido: ¡desgraciado de mí! léteme aquí en aprietos, sin saber como salir del paso.—¿Qué escribiré?... Bien, le digo entretanto al impresor, ya estoy en lo que V. dice, dentro de un momento está allá el original—esto es, para el impresor, para mí no hay nada, voy ahora á pensar.

Vaya, pues, formaré un artículo de historia, ¡miserable! ¿qué vas á hacer? ¿qué datos tengo para escribir sobre este ramo....? he de referir hechos, y no creo deba fiarme en mi memoria, porque eso y escribir mentiras es todo uno; diría que D. Pedro el cruel libertó á la España del yugo sarraceno.... que Francisco I derrotó en Pavia á Carlos I ó V si se quiere, que todo es lo mismo. No; es necesario irse con tiento, porque de otro modo tendremos que sostener una polémica, en la que no saldria yo bien jugado. Así no hay mas que recoger datos, ¿pero de dónde? nuevo aprieto. Libros yo no tengo, tal estoy de alcanzado: mis amigos... oh! eso si ya es otra cosa; pero debo volvérselos al momento, no podré ver sino la carátula, la pasta... Vamos á una biblioteca: después que los días festivos no se abren las únicas dos públicas que tenemos en México, el día de trabajo, y eso en una apenas por la mañana, es decir, cuando estoy precisamente ocupado, como creo que sucede á los demás, pido una obra....—si está prohibida—¡buena es esa...! y en la calle se encuentra en las manos de los niños.... pido otra,

las de Quevedo.... lo mas interesante tachado, en fin, no con todo se verifica lo mismo. Esto es en Catedral, que si voy á la Universidad, mayores son mis trabajos, se entiende además de estos.—Señor Doctor, me dirijo al Bibliotecario, me hace V. favor del.... Mariana, por ejemplo.—Vea V. al Vedel—¿Qué quería V.? me dice prontamente este.—El Mariana.—Voy á buscarle en el índice: después de tenerme esperando un cuarto de hora bien pasado, se dirige á un estante, toma unas llaves, sube una escalerilla de madera, abre otro estante, saca de él un libro, me lo trae.—Aquí lo tiene V, medice.—Registro.... *Comentarios de S. Gerónimo*.—¡Diablo! no era eso lo que pedía.—Pues entonces está errado el índice; vuelve á buscar y me trae á *Campomanes, tratado de la Regalía*.—No es esto hombre, ¡por Dios!—Pues vea V. el índice, me replica, vuelve tercera ocasión y otra infinidad volviera, y nada lograra: me presenta al *Conde de la Cañada, Recursos de fuerza*.—No hallo otro, ¿será este?—Si, si, el mismo, dejémoslo por la paz me digo, y como tengo un tantico de prudente no quiero ya mas molestar, y pase por fatiga, me quedo con lo que me dan.

Pero ya supongo que he adquirido datos para escribir sobre historia, ¿qué contentará á los suscritores? ¡Ah! si los hechos cansan, ¿qué nos importa saber lo que pasó en tiempo de los aztecas? si fueron malos, con su pan se lo coman; ¿hemos por esto de corregir nuestras costumbres? ¿qué mas lecciones necesitamos que las prácticas que tenemos diariamente á la vista?

No, no señor, escribamos una novelita, eso es un remedio eficaz para salir del apuro: otro tropiezo.—Si se acaba de publicar una novela, por Dios, podrán decirme mis compañeros, ¿qué va V. á hacer? nos pierde, no hay que pensar en eso, se borran los suscritores y adios periódico.—No señor, por qué se han de borrar si las novelas cuadran; sobre que es mas bonita la ilusión que la realidad, si V. escribe los hechos de la niña, de la señora, de la reina fulana, ha de ponerla tal como era, que no siempre será hermosa, y en la novela nunca será fea la heroína: el héroe en la historia, es un hombre que existió, y en la novela, ¡qué galán! ¡qué comedido! ¡qué afable! estoy decidido, novela; pero no ha de ser de México, porque entonces no es poética. ¡Santo Dios! pues si yo ignoro las costumbres de otros países, ¿cómo voy á escribir de ellas? no hay duda no escribiré novela por mas que deje de tener muchos lectores.

Véamos, pues, otra cosa: poesía, una composición en verso.... *prius es esse*.... y lo demás

que por sabido se calla: y que por otra parte no deja de presentar muy grandes obstáculos; por ejemplo, la mitad de los que conocen las letras y las distinguen por sus formas unas de otras, al verlas, no se crea que al pronunciarlas, no saben leer las composiciones métricas, unos dan sentido al verso y no á sus pensamientos: no lo entienden, ¡qué maldito verso! exclaman, ¡qué maldito lector! deberían decir. Otros dan sentido á los pensamientos, hablo en la lectura, y por consiguiente no se hacen cargo de la belleza de la poesía, ¡endemoniado verso! dicen; con razon, si no saben VV. leer. Con que no pensemos en esto: volvamos á otra parte nuestras reflexiones, que el tiempo corre y el artista vuelve á exigir el material.—Voy para allá, estoy nada mas haciendo unas ligeras correcciones....—Mentira, si aun no he dado una plumada; ¡qué plumada! si ni acabo de resolver qué escriba.

Ya me ocurrió un artículo sobre ciencias naturales.... la araña.... las abejas.... en fin, esta clase de insectillos de que puede hablarse mucho, que son muy curiosos: todo está bueno; pero tengo que meterme en la cabeza á dos ó tres naturalistas, y no es asunto del momento, y lo que es mas, ¿quién no ha leído al Conde Buffon, al padre Almeida y á casi todos los periódicos literarios, científicos?... no señor, cosa nueva he de poner.... ¡qué inconsideración! si el sábio ha dicho que nada hay nuevo debajo del sol.... sin embargo, ya está visto, no escribo de esto.

Véamos otra cosa, todavía no están agotados los recursos: ¿quién no dice algo sobre ciencias morales, y ahora, muy á propósito, cuando precisamente hay que diga V. por ejemplo, sobre él que.... no, no, no hay sobres, pues, entendamos, es necesario advertir que esto de moral está.... ¡bien sabe Dios como! y meterse uno á predicador, sí, ya observo á uno que apenas ve arriba la materia del artículo y bosteza, y otro algo mas curioso lee.... no, amigo, le dice el primero, para oír sermones no faltan iglesias, deje por su vida esa enfadosa lectura si quiere que estemos un rato juntos.—Sí, en efecto, contesta el lector, que fatiga demasiado el artículo, doblemos la hoja.... parece que estos demonios de redactores ya no tienen con qué llenar.—Y en cuanto á mí digo que es así la verdad, para que se vea si soy franco; pero no se diga otro tanto de los demas.

¿Qué haré pues? vaya costumbres.... ¡no en mis días! ¡qué atrevimiento! ¡un escritor novel, enteramente novel, escribir en la cuerda de Figaro y del curioso parlante? ¿qué sería de mi?

¿qué habia de decir de nuestras costumbres? no sé: y tan descarado lo confieso. Ello es verdad yo no tengo la culpa, he de escribir y ha de ser alguna cosa: sin embargo, diria de nuestras costumbres que en México como en todas partes hay malos; pero en México, lo que no sucede en otro lugar, se logra reunir en un parage á todos los *hombres buenos* que es una gran ventaja, conocer á la gente que puede uno tratar: y al efecto, cualquiera puede ir á la diputación. ¡Ave María Purísima! ¿qué hago....? meterme al foro.... cuidado, que esto puede resultarme.... no, no, otra cosa porque costumbres.... si me ha retratado V, me dicen, cuando salga bien, si no me dan una paliza, sin saber cómo ni por donde me vino. No, ni está bien un artículo mio entre los de *Mi sobrino*, dejemos, pues, de pensar en costumbres.

Pues bien, otros escriben para todos, yo solo escribiré para las señoritas, y de paso sea dicho, VV. dispensen, hermosas, si no las llamo el bello sexo, el sexo encantador, y otras frasesitas que yo me sé y VV. no ignoran; pero me han de dispensar porque soy un.... un atrevido, pues no sé cómo llamarme. Ya me entretuve por fin con VV.; pero, qué les digo yo, miserable, que si me conocieran, si supieran quien soy, si me vieran en un estrado se reirían de mí, me mofarían, no se incomoden porque digo que son algo coquetillas; pero qué culpa tengo yo, ni VV. tampoco, de que no se les haya procurado hasta ahora una buena educación? ninguna, y así no haya miedo de que yo quiera ofenderlas, no: decia, pues, que si me encontraran en un estrado verían lo que hay que ver. Desde luego la que mucho me favoreciera, me llamaria insociable, descortés y qué sé yo cuantas mas cosas; pero si VV. meditaran un solo instante me juzgarían de otro modo. En efecto, yo no creo que pueda corregir lo que es genial en mí, á VV. les causaria hastío mi trato; pero qué quieren, si parece me he educado en Inglaterra, y no por cierto, que ni he tratado con inglés alguno: vean VV., con los franceses si he tenido mas roce, y aun de su idioma algo se me entiende en cuanto á eso de traducirlo, y con todo no he aprendido el arte de galantear.

No por eso me disgusta mi génio, no; algunas veces suelo tener por su causa mis arrebatos de cólera, porque eso de estar uno sentado en un rincón sin poder departir con las bellas, levantar una á bailar y no poderle decir nada sin que conteste con monosílabos.... pero cuando entro en calma, pienso de otro modo, á lo menos sé que VV. se burlan de mí, y acaso me creen un estúpido, quizás no se engañarán.

mas mi conciencia está tranquila, ninguna se queja de que yo haya jurádola amor y des-pues... en fin VV. si se engañan conmigo, se engañan solas, yo si las aconsejaria que no se crean de los que prometen mucho porque al fin nada cumplen, y que se guarden mucho, y aquí entro yo, de los que parece que no saben hacer cosa alguna, y aunque como me dijo cierta vez una niña, *Consejos y bigotes*.... ya VV. saben toda la frase; sin embargo, yo aconsejo porque veo que los bigotes los usan muchos y juzgo otro tanto de los consejos.

¡Ah! y que bien se curó Querubin al volar, porque han de saber VV. que voló al lugar de los Angeles, ni podia volar á otra parte, pues ya ven que *similes cum similibus*.... maldita pedantería, que he de hablar con señoras en idioma que no entienden, dispensen; pero ya saben que no soy el único que me valgo de ese medio para hacerlas creer que sé.... y dale con charlar, si quien con lobos anda á ahullar.... y vuelta con refranes, y mi conversacion entretanto pendiente. Decia que fué á ver á los Angeles Querubin, aunque no sé si éles de los que (¡cuánto monosílabo!) bajaron y juzgo mas seguro que pertenece á los que en opinion de un santo Doctor, no de la Universidad, quedaron en los aires, si no, claro es que estaria en la eternidad y no andaria por estos mundos de Dios. Decia tambien que con razon se curó Querubin de encargar su artículo de modas á Soplillo. Porque deben VV. advertir que Querubin es amigo de cumplir su palabra, y ya habiendo prometido que cada mes les daria su artículo, era llegado el tiempo de que cumpliera, y como no podia.... y yo que he dado en la mania de los puntos sin prever que puedo suscitar una contienda; pero me importa un bledo, haga yo mi gana y aunque se salga por la ventana; mas VV. verán que Juan Soplillo le desempeña á las mil maravillas. Tuvo cuidado, pues, de no hacerme á mí el encargo porque no sé entonces qué habria hecho: ¿yo modas? ¡infeliz de mí! si VV. me vieran que ni al cabo me hallo de las de mi sexo.

Ya, si nunca mudo porque no me agrada estrenar.... no, no las engaño, no es por eso sino porque no puedo otra cosa: una pobre levita por lo regular es mi traje comun y de tono, porque hace á todo, con un cuello de tan considerable elevacion, (ya, es para que no me ofenda el aire el cerebro) que toca con la falda del sombrero; pues, y que no uso este á la ¡qué ha sucedido! como un amigo que tengo poeta que no está muy lejos de aquí y á quien habré saludado á mi nombre Querubin como lo hago

ahora aprovechando la ocasion aunque no es frecuente en mí, que deajo escapar muchas... aquí de D. Quijote que verían como no solo su escudero ensartaba desatinos y necedades.... y parece que me he formado en la escuela de D. José Joaquín de Mora; pero volvamos á mi asunto que me he distraído mucho: decia que uso el sombrero al modo comun y regular segun es costumbre entre gente de buena conciencia. Con solo esta recomendacion que hago de mi levita, ni tengo necesidad de decirles de otro frac que tengo tambien, porque es preciso variar, que me ví una ocasion bastante apurado para defenderme del sacristan de un convento de monjas, el cual se empeñaba en sostenerme que era un gallardete que en esos dias habian robado á la Iglesia y de cuyo aprieto sali ¡sabe Dios cómo! ¿Con que figúrense VV. si seria posible que escribiera yo sobre modas? De ninguna manera, porque si bien es cierto que Madama Gourgues me instruiria; pero haria yo una batahola que no se me podria entender y comenzando por los géneros, como maldita la cosa que yo entiendo de ellos, me decia Madama, tal pieza es de tafelán y ponía yo de pana, esto de musolina y yo decia de indiana etc. etc.

No hemos hecho la cuenta con la huésped: con los maridos, con los padres. Yo no solícito, es verdad, la amistad de los maridos; pero tampoco quiero esponer mis costillas, ni quiero, ademas, perder con los padres. Y no, ni perturbar la paz de los matrimonios: ¡Dios me libre que yo hiciera tal fechoría! Dios sabe lo que pasa allá entre ellos, por causa de las modas y ¡malditos redactores del Liceo! ¡Maldito Querubin! así hubieran todos VV. volado para el infierno y no nos atormentaran á nosotros, pobres pecadores!.... ¿Con qué no basta á esos malditos periodistas enflautarme el prospecto á tiempo que no estaba yo en casa, para que pudiera caer en las manos de mi muger, de mi hija que luego me importuna porque me suscriba, y por la malhadada litografía haya de gastar un peso, diez reales cada mes, sino que me pondrán un artículo de modas! ¡Peregrina invencion! que cada mes ha de variar de traje la señorita, la niña: ¡bella ocurrencia! vamos, que sin duda, ninguno de los redactores es casado ó padre de familias. Ta.... ta.... poco á poco, señor mio, no hay que enfadarse, no, no, sino consigo mismo. Si la niña de V., si su muger, con perdon sea dicho de la señora, no fueran al teatro, ¿desearian vestir siempre á la moda? no. Si no fueran á los bailes, ¿desearian competir unas con otras, y mudar diariamente traje? no. ¿Y si V., señor cabeza

de familia, supiera dar educacion á su hija, la consentiria de una manera tal, que refluye en perjuicio de la misma sociedad, en la que ya de antemano tiene arruinada la familia á que se ha de unir algun día? y si V., señor casado, no fuera débil, no podria hacer que su consorte entrara en cuentas consigo misma y moderara sus gastos? Ea, pues, no culpemos á los pobres *Liceadores*, permitáseme esta espresion, porque ellos hacen lo que todos, escribir, y que han de escribir? lo que sea bastante á complacer á todos con utilidad.

A unos les agrada un artículo biográfico, ó en general histórico, á otros uno novelesco, á estos una poesía, muchos solo se suscribirán por las estampas, otros por parecer amantes de las bellas letras, aquellos por complacer á un amigo; y así, en fin, todos por diversas causas, y el pobre escritor que satisfaga tan encontra-

dos gustos, y luego si á la hora precisa no tiene nada escrito, si está solo... estos son sudores: en mala hora *picó bien á mala espina y bien pica otra espina*, y luego dicen que dos alesnas no se pican. ¿Si? pues preguntémelo á mi, que temo ya por momentos que venga el artista, y cuando estoy acabando este artículo que emprendi al fin escribir, me van saliendo con que su introduccion es muy semejante á la de otro que escribió en el *Mosaico* el señor Pacheco; pero no me arredro, protesto que de ese periódico poco conozco, y aun eso poco, algun tiempo hace que lo vi, y no recuerdo por cierto haber visto nunca el dicho artículo; pero pues si creen que es plágio, que lo crean, lo siento, y no puedo decir mas; ¿pues qué debo hacer ahora? ya no hay remedio, es tarde, y así, paciencia y barajar.

PARLANCHIN.

OTRO POETA.

Un violento amor á la literatura, y en particular á la poesia, á esa fuente encantada de placeres, arde en los corazones de los jóvenes mexicanos, y los hermosos cantos con que á cada momento halagan nuestro oido, manifiestan claramente el entusiasmo que con mas ó ménos génio brilla en todos. Cada día se vé aparecer un nuevo poeta que viene con sus hermanos á pulsar la lira y á cumplir la mision que le fué confiada.—Cantar la religion, el amor, la poesia. Por todas partes se escuchan ya los suaves y melancólicos ayes del uno, ya los cantos guerreros del otro, ya la tímida y religiosa plegaria que por entre el humo del incienso eleva á Dios el hombre miserable; ya en fin, multitud de acentos armoniosos como los trinos del ceniztle, fiel espresion de los sentimientos del alma agitada, que conmueven el corazon de los que escuchan y arrancan algunas veces dulce llanto, que es la mejor recompensa del poeta.

Con placer vivísimo vemos á nuestra juventud corriendo siempre en pos de los laureles literarios por el difícil camino que pisaron primero hombres esclarecidos, honor de su patria, y que dejaron de su génio brillantes é inmortales muestras. Pero lo que hoy nos impulsa á escribir este artículo es, la aparicion de un

nuevo poeta á quien sinceramente amamos por su génio, y que será uno de los mas bellos ornamentos de la literatura mexicana—El joven D. Manuel Maria de Zamacona.

A la generosidad de un amigo debemos algunas poesias de este apreciable joven, miembro de la *Sociedad literaria de Puebla*, de que ofrecemos hoy una muestra á nuestros lectores y que continuaremos publicando. Rica imaginacion, lenguaje puro, versificacion sonora y armoniosa tiene el Sr. de Zamacona. Se percibe en algunas de sus composiciones cierto sabor á los antiguos poetas españoles, y una especialmente de las que poseemos, nos ha hecho recordar con viveza los divinos versos de Fr. Luis de Leon.

Hemos notado sin embargo, aunque pocas veces, algunos versos duros, flojos otros, que es una lástima se encuentren en composiciones tan bellas por otra parte. En la que hoy insertamos por ejemplo, nos disgusta este verso de la segunda estrofa

„y de su sonreir blando”

que se hace duro por la colocacion de los acentos; pero ¿qué son estos pequeños lunares que se hallan compensados con mil bellezas? ¿No bastan para aplicar con justicia el título de poe-

ta al Sr. Zamacona, estos cuatro preciosos versos de la misma composicion?

.....
El que rompió las fuentes del desierto
Y puso allí la protectora palma,
Al arrancar el lloro de mi alma
Tus manos á enjugarlo destinó.
.....

Mas pudiéramos citar digno de elogio; pero nos abstenemos de hacerlo para que nuestros lectores juzguen si la alabanza ha sido apasionada, ó si la justicia ha guiado nuestra pluma.

Felicítamos cordialmente á Puebla y á la sociedad de que es miembro el Sr. Zamacona, por tener en su seno á tan recomendable joven, lo felicitamos á él mismo porque sabe sacar de su laud tan acordados sonos. Siga pulsándolo como hasta aquí, y nosotros, al saludarle con amistad sincera, le ofrecemos las columnas del *Liceo* y le pronosticamos una gloria, que entendemos comienza á conquistar.—RR.

Á MI AMADA.

Deja piadosa que vea
Ese tu rostro divino,
Mi querida,
Porque alumbra y hermosea
El espinoso camino
De mi vida.

¡Cuanta es de tus lábios bellos
Y de su sonreir blando
La dulzura,
Para quien contempla en ellos
Una copa rebosando
De ventura!

Envidia de las mugeres,
Acerca tu frente bella
A mi frente.
Tú, mi vida, mi ángel eres,
Tú eres la fulgida estrella
De mi mente.

Ya escuchaste de mi boca
Que te adora este cuitado
Infelice:
Hermosa mi pecho toca,
Tambien latiendo agitado
Te lo dice.

Pero dudas de mi fuego
Y sonries vacilante;
Ah Señora!
Depon la duda te ruego,
Y adora á tu pobre amante
Cual te adora.

Amame, si que el fuego de mi pecho
Prenda en el tuyo indiferente y frio;
Quien te arrojó muger al lado mio
Para que me adoraras te arrojó.
El que rompió las fuentes del desierto
Y puso allí la protectora palma,
Al arrancar el lloro de mi alma
Tus manos á enjugarlo destinó.

¿Sabes lo que es amar? ¿Sabes cual pasan
Del placer los dulcísimos instantes?
Existir sin amar es morir antes
De dormir en el fúnebre ataud.
Amándome verás que tu hermosura
Con el amor recibe nuevas galas,
Verás que del placer bajo las alas
Es la vida perpetua juventud.

La existencia fugaz, este camino
Que de la cuna hacemos á la huesa,
Para el que solitario lo atraviesa,
Es un desierto y hórrido arenal;
Pero si en él hermosa me acompañas
Tendrá el desierto deliciosa sombra,
Y brisa perfumada, y una alfombra
De flores y verdura virginal.

Yo que al pisar la senda de la vida
Pisé tambien sus ásperos abrojos,
Entre penas y llanto de mis ojos
Lo mejor de mis horas consumi;
Mas cobra aliento el náufrago si mira
Estrella precursora de bonanza,
Y así tambien mi débil esperanza
Nuevo aliento cobró cuando te ví.

Si, desde entónces, de mis crudas penas
En la deshecha tempestad sombría,
Has sido tú la estrella que me guía;
No me abandones, hechicera, no.
Amame, que la hoguera de mi pecho
Prenda en el tuyo indiferente y frio;
Quien te arrojó muger al lado mio
Para que me adoraras te arrojó.
Setiembre de 1843.

MANUEL MARIA DE ZAMAONA.